

manan la Biblia abierta por donde dice: «Dejad que se acerquen á mi los niños, porque de ellos es el reino de los cielos,» decía: «Escuchad: si el reino de los cielos pertenece á los niños circuncisos, ¿por qué no habrá de pertenecer también á los bautizados? Si el uno cree, ¿por qué no habrá de creer el otro? Luego es inútil el bautizarlos.» El argumento era especioso, y Lutero, con su vasta erudición bíblica, no tuvo bastante fuerza para batir el anabaptismo.

Mas por desgracia Cellario abandona la Escritura, y se entrega en brazos de la autoridad de Lutero, como un católico en la de la Iglesia: llega el caso de que invocara los escritos del cenobita sajón. El anabaptista se asió prontamente á su argumentador; abrió sus poderes, y halló una porcion de proposiciones, que parecian favorecer las doctrinas de Storck y de Munzer. Cellario balbuceó; entorpecida su lengua, no halló mas que sonidos flojos y afeminados. Estrechado, oprimido, atemorizado por su adversario, que no le dió un minuto de descanso, Cellario perdió la cabeza, y no volvió á proferir palabra alguna sino para confesarse vencido.

Aquel dia quedó constituido el anabaptismo.

Ua dia un discípulo, consultando mas bien su instinto que su ciencia en lo que iba á tratar, se encaminó en disputa con los profetas. Martin Cellario, llevando en su

palabra una incoherencia.

CAPITULO XX:

REGRESO Á WITTEMBERG.—SERMON SOBRE EL MATRIMONIO, 1521-1522.

Lutero quebranta su destierro, y vuela á Wittemberg.—Su cólera.—Ataca á Carlostadio y los destructores de imágenes.—Les pide milagros para probar su doctrina.—Entrevista de Marco Stubner y Lutero.—A su vez Stubner pide tambien milagros al reformador.—Himnos á la autoridad.—Entrevista de Munzer y Lutero.—Proscripcion de Storck y Munzer.—Opinion de Erasmo sobre el discurso de Lutero acerca del matrimonio.—Pensamiento oculto de Lutero.—El duque Jorge se horroriza de la osadía del cenobita.—Staupitz abandona á Lutero.

VEIA Lutero desde la Wartbourg todas estas tempestades. Sus amigos le llamaban; Melanchthon, Jonás, Amsdorf, le escribian: «Ven, si no perecemos.»—«Si, yo iré,» respondia Lutero, sin detenerme; el tiempo es perentorio; Dios me llama; oigo su voz. ¡A Wittemberg, á Wittemberg; allí está mi rebaño; allí mis hijos en Jesucristo! Seria yo culpable de su sangre si no estuviese al lado de ellos, y por quienes estoy pronto á sufrirlo todo, hasta la misma muerte. «Satanás ha aprovechado mi ausencia para introducir el desórden en mi rebaño: quiero arrancarle mis ovejas, porque son mías, y de ellas respondí al Eterno Padre: iré, porque aquí es inútil mi pluma, y allí mi boca y mis oídos...»

«Rogad á Dios, y será rota la cabeza de la serpiente que en Wittemberg se rebela contra el Evangelio. Con los rayos del Evangelio, yo combatiré, auxiliado por el ángel de la luz, contra el ángel de las tinieblas.

«Que quiera ó no Carlostadio, el Cristo saldrá victorioso de su malvado designio. Nosotros somos maestros de la vida y de la muerte, porque tenemos fe en el Señor de la muerte y de la vida.»

Ciertamente esta es una de las mas brillantes páginas de Lutero, y mas de una vez ha sido citada por sus discipulos. Nosotros no lo negaremos; el reformador en este caso mostró valor quebrantando su destierro para volver á levantar las imágenes que volcara el furor de Carlostadio, é imponer silencio á los profetas. Que los reformados nos le muestren en Worms ante el Emperador, con la mirada altiva, como un juez que mira á su reo: en la Dieta veremos nosotros en Lutero mas que un héroe de teatro que ha estudiado bien su papel, y que no temblaría un minuto, porque sabia que el solo hombre que podia herirle no tenia en aquel momento ni la voluntad ni la pujanza necesarias; que á los veinte años un Rey desconoce el perjurio, y que en aquellas circunstancias un cabello arrancado de la cabeza del pequeño cenobita hubiese hecho arder á toda la Alemania. Juan Huss en Constanza no se parece en manera alguna á Lutero en Worms. Ademas de que el tiempo influye notablemente en la manera de ser de los acontecimientos, y es una escuela de instruccion progresiva para los Reyes y los pueblos; los papeles de los dos sectarios no son ciertamente los mismos. Juan Huss se alejó para llevar el dogma religioso y el político al terreno de la discusion, arrancándoles al de la fe; aspiraba á dos coronas: Lutero, desde sus primeros pasos en el camino de la revolucion, tuvo buen cuidado de no mezclar lo político con lo religioso, y Erasmo le echaba en cara sus adulaciones á los grandes. Procuró trastornarles

la cabeza, séducirles, comprometerles, porque sin ellos no podía dar principio á la lucha con Roma. Si Roma hubiese podido sucumbir á sus impulsos, la monarquía alemana se creeria al abrigo de todo peligro, porque ella no habia comprendido que el Pontificado, aun considerándolo mundanalmente, es tambien una suprema potestad civil, una manera de monarquía, y que un Papa, mejor aun que un Rey, está señalado en sus sienes con el sello de la Divinidad, que Pontífice y Rey á la vez es una misma persona á los ojos de Dios.

Mas no era al Papa á quien temblaba Lutero quebrantando sus prisiones; era á Carlos V, á quien no podia menos de temer; el Emperador, que estrañaria esta fuga, para ir á Wittemberg, en contravencion á las órdenes de la Dieta, á perorar y revolver el pais con su palabra, despues de haber prometido callar. Así es que tembló en su fuga de la Wartbourg, porque en ello jugaba su vida y la suerte de su misma doctrina, cuya herencia se disputaban sus discipulos, y que debia perecer en el momento en que faltase una inteligencia como la suya, capaz de sufrir su presion. Si esta obra, que, segun su juicio, venia de Dios y de su libro viviente, tenia y habia ya sufrido contratiempos, que apenas podia ya reconocérsela por sus enmiendas, rasgaduras y mutilaciones, ¡qué habria de ser cuando Lutero estuviese en el sepulcro!

Opinan algunos hombres políticos que Carlos V, en este caso, no hizo uso de la espada que habia ceñido en su eleccion, prometiendo desenvainarla siempre que peligrase el orden, y esos mismos desearian que los reyes, no olvidándose que representan á Dios en la tierra, no inutilizasen una cosa que pende de su costado para defender la justicia. Esos mismos creen que si el jóven Emperador la hubiese empuñado en esta ocasion, la Alemania no se hubiese inundado con la sangre de sus hijos (1). Algunas

(1) Ni nuestra España sufriría hoy lo que sufre, y con España la Europa entera y las demas regiones. (N. del T.)

pocas gotas derramadas en honor de la ley hubieran librado á la Germania de las desgracias que aun no ha podido alejar de su hermoso suelo. Cuando la tempestad envuelve la nave, el buen marino arranca una ó mas velas para salvarla, y un poco de lodo formará en lo sucesivo un banco de arena que haga salir el rio de madre. Lógicos terribles, que no quisieran que en interes de la humanidad los príncipes se sujetasen á los principios eternos, y que justifican sus teorías con la historia. Para sostenerse en el campo en que se debate la gran cuestion del derecho de vida y muerte dado á los príncipes sobre sus súbditos, quieren trastornar la comun creencia, y dicen: «¡Ved cuántos males ha causado el olvido de la justicia en la desventurada Alemania! La sangre de cien mil habitantes regando los campos de batalla; las franquicias del municipio destruidas; el derecho de propiedad vacilante; las leyes civiles violadas; el poder despojando al pueblo de sus libertades; la espada y el báculo en unas mismas manos, en manos seculares; el arte degradado; la humanidad llorando sobre sus ruinas; ¡y tantos sacrificios, tantas lágrimas, tanta miseria y tanta sangre, no son sino porque un dia se gritó que el luteranismo no era el cristianismo!...»

La obra del reformador, que bien pudo sucumbir de muerte violenta en Worms á impulsos de la espada del Emperador, hoy tambien podia haber perecido en una lenta agonía, si Lutero hubiese sido retenido en la Wartbourg. No se necesitaba mas que una espada; la espada que él habia forjado y manejado tan á su placer. ¡La palabra! Lutero comprende el peligro. Sus amigos, menos previsores, intimidados de haberle hecho venir, para que se volviese le amenazaron con la cólera de César.

Mas el celo de la palabra divina no era tan fuerte en este como grande el miedo del elector, quien á cada momento veia entre su persona y la de Lutero el espectro del Emperador. Dominado por el miedo, enviaba al monge

correos, uno tras otro; mas Lutero marchó adelante, sin hacer caso de estas consideraciones humanas con que se le queria asustar. A cierta distancia de Wittemberg vió venir á su amigo Schurff, que traia orden del príncipe de probar á persuadirle amistosamente, que no entrase en la ciudad. Lo único que pudo conseguir fue que contestase algunas palabras en cambio de las que espresaban el mensaje ducal.

«Iré, dijo Lutero: el tiempo urge; Dios me llama, y grita: «Que se cumpla el destino en nombre de Jesucristo, dueño de vida y muerte.» En mi ausencia Satan se ha introducido en mi rebaño de Wittemberg, causando estragos que solo mi presencia puede reparar; él es quien me ha cerrado los ojos y la boca para que ni pueda ver ni hablar. Estas son mis ovejas, que Dios me ha dado á guardar; estos son mis hijos en el Señor: por ellos estoy pronto á sufrir el martirio. Cumpliré, con la ayuda de Dios, lo que Cristo pide á los que le confiesan (San Juan, 10, 12). Si mi palabra bastase, ¿creéis que yo habia de ir á Wittemberg? Antes morir que faltar; morir por la salud de mi prójimo.»

Y así diciendo, despidió al enviado.

Estas palabras alentaron á Lutero, que habia dejado crecer su barba y se habia despojado de su traje eclesiástico, abandonando su baston de peregrino, por montar á caballo, vestirse de la coraza de hierro, las espuelas y botas de los hombres de armas del siglo xvi.

En esta forma es cómo el pintor Lucas Cranach, refiriéndose al modo de combatir del cenobita, le presenta haciendo su entrada en Wittemberg envuelto entre nubes de polvo que alzan las turbas populares. Desde entonces no se le llamó mas Lutero, sino el caballero Jorge.

Por nuestra parte, no nos place semejante disfraz: echamos de menos su largo ropaje negro, y la capucha que le cubria cuando le encontramos en el camino de Worms.

Apenas llega á Wittemberg, ya se encoleriza en aquella iglesia de Todos los Santos, donde seis años antes había dado su primer grito de rebelion contra el Pontificado. Estaba sembrada de las astillas y restos de las santas imágenes, y mas bien parecía un taller de escultor que una casa de oracion. Carlostadio se habia escondido por no aparecer ante los ojos de su discípulo, que le buscaba con la vista entre el gentío que llenaba los ámbitos del templo. El arcediano no se habia atrevido á visitar al doctor.

Largo tiempo paseó Lutero su mirada sobre estos estragos del furor anabaptista: el auditorio pendia de la palabra de su maestro; en fin, sin invocar á María, como es costumbre católica, sin exordio y de un modo impetuoso, entra de pronto en materia, señalando á las imágenes destrozadas:

«Esto es doloroso: conviene, es necesario separar esos destrozos; la mano misma de los magistrados debiera haberlo hecho. No conviene dar á un celo indiscreto el aire de una revolucion, que yo no puedo aprobar. Satanás, durante mi ausencia, ha venido á visitaros: él os ha enviado sus profetas. Ya sabe él con quién se las há, y vosotros debéis saber que yo soy solo á quien os conviene escuchar.

«El Dr. Martin Lutero, con la ayuda de Dios, es el primero que ha marchado por este nuevo camino; los otros han venido despues. Deben ser dóciles, como sus discípulos: obedecer es la parte que les corresponde. A mí es á quien Dios ha revelado su palabra: de esta boca sale limpia de toda mancha. Conozco á Satanás: sé que no duerme un minuto, y que tiene abiertos sus ojos en tiempos de trastorno y de desolacion.

«Yo he aprendido á luchar con él: no le temo; mas de una herida mia ha de sentir por mucho tiempo. ¿Qué significan estas novedades introducidas en mi ausencia? ¿Estaba yo tan lejos que no pudieran ir á consultarme?

¿Es que no soy ya el principe de la palabra pura? Yo la he predicado y la he impreso en vuestros corazones: y yo, en fin, he causado mas daños al Papa, durmiendo ó bebiendo cerveza en las tabernas de Wittemberg con Filippe y Amsdorf, que todos los Principes y Emperadores juntos. Si yo hubiese sido sanguinario; si yo amara las revueltas, ¡cuánta sangre hubiese hecho correr en Europa! El Emperador mismo, ¿hubiera estado seguro en Worms si yo no hubiese velado por su existencia? ¡Espiritus de ruido y de desórden, responded! ¿Qué pensaba el diablo al trastornar vuestra imaginacion? El muy astuto se está quieto en los infiernos, contando con las desgracias que estos estravagantes doctores quieren promover. Yo desearia que los frailes y las monjas abandonasen las celdas para venir á escucharme: oid lo que yo les diria: el culto de las imágenes no es cierto ni puede sostenerse. En verdad, yo preferiria que la supersticion no las hubiera introducido entre nosotros; mas una vez adoptadas, no es el tumulto lo que las ha de desterrar. Sí, sí; cuando á mí me habla el diablo, me hago el sordo.»

Lutero tenia ya pendiente al auditorio mas de dos horas: estaba mudo, fascinado por su palabra viva, clara, seductora.

A los dos dias Lutero tronó de nuevo. Tenia al presente delante de sí á los profetas, y los azotó á su placer. ¿De-seais oír una voz católica? ¿Unos argumentos dignos de un padre de la Iglesia, atacando el orgullo de los innovadores? Escuchadle:

«Vosotros, decia; vosotros quereis fundar una Iglesia nueva; veamos quién os envia. ¿De quién es vuestra mision? ¿Cómo acreditais vuestras palabras? Nosotros no debemos creerlos. Segun el consejo de Sira, presentad las pruebas. Dios no ha enviado al mundo á nadie, ni aun á su mismo Hijo, sin que antes estuviese anunciado por señales inequívocas. Los Profetas deducen ese derecho de lo

alto, como nosotros le deducimos de los hombres. Yo os rechazo si vuestra revelacion no puede sufrir la prueba. Samuel no habló sino en virtud de la autoridad de Heli. Cuando se quiso sostener la palabra, se hicieron milagros. ¿Dónde están vuestros milagros? Os diré lo mismo que decian los judíos al Señor: «Maestro, queremos una señal.» Eso mismo os digo de vuestras funciones de evangelistas.

Veamos qué espíritu os insta. Os lo digo: ¿habeis, por ventura, sufrido vosotros esas angustias espirituales, esos furros divinos, esa muerte, ese infierno de que habla la Escritura? Si vosotros no proferis mas que palabras dulces, tranquilas, piadosas, no por eso os creeremos; ni aunque dijéseis que habiais sido trasportados al tercer cielo: os falta el signo del Hijo del Hombre, la piedra de toque del cristiano. ¿Quereis conocer el lugar, tiempo y forma de los divinos coloquios? Escuchad: «El ha quebrantado mis huesos como un leon, mi alma ha estado llena de terror, mi vida ha sentido el infierno...» La Majestad Divina no habla inmediatamente para que el hombre la vea. Dice: «El hombre no me verá, y vivirá.» Nuestra pobre naturaleza no podria sufrir una chispa del fulgor de su palabra: habla por boca del hombre. ¿No veis á Maria temblar en presencia del ángel? ¿Qué direis á eso? ¿Como si la Majestad de Dios pudiese conversar familiarmente con el vil gusano hombre, sin anonadarle y sin despojarle de su inmunda pestilencia! ¿Porque es un fuego abrasador! Los sueños y visiones de los santos son terribles, si se les estudia bien. ¿Lo oís? Jesucristo no es glorioso sino en su crucifixion.»

Los profetas (1) no asistieron al sermón por sí; pero estaban allí representados por sus discípulos. Uno de ellos, al salir de la iglesia, decia á voces, lleno de entusiasmo: «Ven-

(1) Entiéndase la voz de un modo irónico: los incendiarios sacrilegos estaban muy lejos de la inspiracion profética. (N. del T.)

go de oír á un ángel.» A los dos dias Marco Stubner llegó á Wittemberg para consolar á sus hermanos y entrar en lucha con el orador.

El hizo saber su desafío ó reto á Lutero, quien, despues de una larga conferencia con Melanchthon, consintió en recibir al profeta, y Cellarius al neófito. Lutero refirió la entrevista.

«Recibi, dijo á Spalatino, la andanada de los nuevos profetas; el mismo Satanás se empecó en su sabiduria ó ciencia. ¡Almas traviesas y altivas, que no pueden resistir las suaves y templadas amonestaciones ó advertencias, y quieren que se les crea por su propia autoridad, y en la primera palabra, no llevando con paciencia ni la discusion ni el exámen!

«Cuando yo los he visto encapricharse, mentirse á ellos mismos, y procurar hacermé perder la paciencia en la lubricidad de su lenguaje, he reconocido al punto á la maligna serpiente. Probadme al menos vuestra doctrina por sus milagros, les repetia incesantemente; porque no está en la Escritura. Ellos se escusaban, y me rehusaban estas pruebas, y yo les amenazaba con obligarles á creermé. Martin Cellarius, furioso, temblaba y votaba como un endemoniado, hablaba sin que se le preguntase, y no me dejaba pronunciar una sola palabra: visto esto, les envié con su Dios, puesto que rehusaban al mio sus milagros.»

Así concluyó la entrevista.

Camerarius añade que Marco Stubner interrumpió á Cellarius, y dirigiéndose al doctor, dijo:

—Como prueba de que estoy poseido de Dios, puedo decir en qué pensais en este instante.

—¡Bah! respondió Lutero con un tono mitad zambon y mitad serio. Si, V. entiende que mi doctrina podrá ser cierta.

Lutero sonrió cabalmente en el instante en que sobre su lengua rodaba esta frase: